



27/10/1999

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL PRIMER CURSO DE ESTADO MAYOR DE LA ESCUELA SUPERIOR DE LAS FUERZAS ARMADAS

Madrid, 27-10-99

Excelentísimos e ilustrísimos señores, señores Oficiales,

Encontrarme hoy con ustedes en esta renovada Escuela Superior de las Fuerzas Armadas me produce una gran satisfacción y quiero comenzar explicándoles por qué.

En el discurso de investidura que dio paso al trabajo del Gobierno que presido destaque la necesidad de iniciar una reforma de nuestros Ejércitos que iba mucho más allá del tópico de unas Fuerzas Armadas más reducidas, pero más eficaces. Queríamos asegurar nuestra capacidad de cumplir las misiones constitucionalmente encomendadas a nuestras Fuerzas Armadas, reforzar nuestro compromiso con la Alianza Atlántica y contribuir a mejorar los instrumentos europeos de defensa. En esta perspectiva se inició el proceso de profesionalización y modernización que todos ustedes conocen bien.

En la búsqueda de esta nueva operatividad era imprescindible un esfuerzo mayor en la acción conjunta de nuestros Ejércitos. Y este centro representa un paso más, pero un paso especialmente importante, en el proceso de asunción por nuestras Fuerzas Armadas del espíritu de lo conjunto que se inició al comienzo de la etapa democrática con la creación del Ministerio de Defensa.

La modernización de las Fuerzas Armadas no se puede limitar ya al ámbito del equipamiento y de los sistemas de armas, sino que debe afectar a los conceptos y a la organización. Y, en esa línea, la idea de lo conjunto se impone como una exigencia imprescindible a la hora de diseñar los ejércitos del futuro.

Ya no es concebible ninguna operación militar de alguna importancia sin una puesta en común de los recursos aportados por los tres ejércitos y, sólo desde una visión de conjunto y superando cualquier tentación a encerrarse en compartimentos estancos se puede afrontar las misiones en que nuestras Fuerzas Armadas tendrán que proyectarse en el futuro.

En el mundo globalizado, que ya es el nuestro, en el que nos afectan fenómenos que antes nos parecían remotos o casi imposibles, con la rapidez e incluso instantaneidad de las comunicaciones que le caracteriza, las Fuerzas Armadas deben estar dotadas de una extraordinaria capacidad de proyección y de una no menos amplia interoperabilidad

para poder actuar con los contingentes aliados. Y todo ello sólo será posible desde la cotidiana aplicación en todos los ámbitos de la filosofía de lo conjunto.

Esta Escuela Superior de las Fuerzas Armadas será así una pieza básica en el empeño de diseñar ese nuevo modelo de las Fuerzas Armadas, más reducidas, desde luego, pero sobre todo más flexibles y más operativas, que a partir de su plena profesionalización estamos poniendo en marcha.

Señores Oficiales,

Es un hecho histórico que el Estado moderno que conocemos nace íntimamente ligado a los ejércitos. La soberanía, característica definitoria de las entidades políticas nacionales, reposa en última instancia en la capacidad militar de un Gobierno. Es obvio, por tanto, que, mientras la unidad política por antonomasia siga siendo el Estado, la defensa de la nación seguirá conservando todo su valor; pero tampoco cabe duda de que, con la globalización, la defensa del territorio ya no es la única misión de las Fuerzas Armadas.

No quiero extenderme ante ustedes para explicar qué es y qué implicaciones tiene la globalización del mundo actual. Al fin y al cabo, la globalización a la que tanto hacemos referencia en la actualidad es bien conocida en el mundo de la defensa. Las armas nucleares y los misiles intercontinentales hicieron del globo ya a finales de los años 50 un único teatro, volviendo igualmente vulnerable cualquier rincón de la Tierra. Al menos, eso es así en teoría.

En la década de los 90 el mundo se ha visto libre de la amenaza general nuclear por primera vez desde los años 50, lo que me parece, sin duda, un dato extraordinariamente positivo. Sin embargo, eso no ha significado que comenzáramos a vivir en el final de la Historia y en el reino de la paz perpetua. Para nuestra desgracia, el horror de la violencia ha seguido desatado y está bien presente en distintas zonas del globo.

El fenómeno que irrumpe durante los años 90 en la vida internacional y en las relaciones estratégicas entre los países es la globalización de las responsabilidades. Los países más ricos, los más estables, los que más disfrutamos de la seguridad, no podemos ni debemos quedarnos inertes ante el horror que se desata en los conflictos que se sucede en nuestro alrededor.

Nuestra supervivencia ya no está en juego, pero sí lo está nuestra altura moral. El desarrollo de las misiones de apoyo a la paz, ampliamente extendidas, es fiel exponente de cuanto digo.

Las Fuerzas Armadas, en menos de diez años, han pasado de ser el instrumento de defensa territorial de nuestros países a convertirse en una herramienta eficaz para exportar seguridad y estabilidad necesarias para que los pueblos puedan vivir en paz y en tranquilidad.

Se trata, como digo, de una responsabilidad global en el sentido de que los conflictos surgen aquí y allá de una manera, en muchas ocasiones, imprevisible. Los años 90 han dado ejemplos sangrantes en África, en Europa, en El Cáucaso, en el Sudeste asiático. La guerra no respeta ni fronteras ni continentes; pero, al mismo tiempo es una responsabilidad que debería poder ser universal, pero que en la práctica está limitada a

un puñado de países con los recursos y con la voluntad necesarias para intervenir y contribuir eficazmente a alcanzar la paz.

La Alianza Atlántica ha comprendido que su área prioritaria de actuación va más allá de las fronteras de sus miembros y, de acuerdo con su Nuevo Concepto Estratégico aprobado durante la Cumbre de Washington, se extiende, en aras de la paz, a la llamada Zona Euroatlántica. Es más, como Timor pronto ha puesto de relieve, ni tan siquiera podemos limitarnos exclusivamente a nuestro entorno inmediato. Nuestras opiniones públicas nos demandan cada día mayor iniciativa y acción, y nos exigen una mayor responsabilidad internacional.

Las Fuerzas Armadas, lejos de perder su sentido, se alzan hoy, si cabe, con mayor valor, puesto que representan un instrumento esencial en las nuevas acciones de los Estados. Es evidente que en el caso español nuestra nación goza de mayor prestigio internacional desde que estamos comprometidos en acciones de ayuda humanitaria y desde que nuestras tropas intervienen, junto con las de nuestros aliados, en defensa de los valores que compartimos.

Señores Oficiales,

El Gobierno que presido ha dado sobradas pruebas de su compromiso con la acción internacional, a través de la cooperación económica y de las misiones de apoyo a la paz, desde Albania a Kósovo, por sólo citar dos ejemplos. Sin embargo, hay que reconocer que lo que un país puede aportar en solitario es simplemente un pequeño grano de arena. La paz internacional sólo puede surgir del esfuerzo de la comunidad internacional y, más en concreto, de sus principales actores.

Día a día, casi sin darnos cuenta, se ha llegado al convencimiento de que la defensa de nuestra civilización, de nuestro sistema de vida, de nuestros derechos, de nuestras libertades, de nuestro bienestar, se realizará mucho más eficazmente de una manera conjunta que aisladamente por cada país. Dicho de otro modo, España alcanzará mejor sus objetivos en una alianza en la que participe con toda normalidad y en igualdad de condiciones con sus socios que haciéndolo de un modo individual o aislado.

Esto, obviamente, no quiere decir que no debemos hacer todos los esfuerzos que estén a nuestro alcance para mejorar la calidad de nuestra defensa, y ello por dos razones: en primer lugar, porque siempre los países europeos debemos estar preparados ante cualquier eventualidad con nuestras propias fuerzas; y, en segundo lugar, porque, cuanto mayor sea la contribución española a la defensa colectiva, mayor será nuestro papel en las organizaciones en las cuales participamos.

Ahora bien, una vez sentadas las bases de qué es lo mejor para la defensa colectiva, podemos plantear el interrogante de cuál es el foro adecuado.

Por un lado, la Alianza Atlántica a través de la estrategia de la disuasión, no sólo ha garantizado la paz en el mundo desde 1945 hasta nuestros días, sino que ha adquirido el más alto prestigio, lo que le avala para continuar en la situación estratégica nacida con la caída del muro de Berlín.

Por otro lado, hay que tomar muy en consideración todos los esfuerzos y pasos que se están dando para dotar a la Unión Europea de competencias en materia de defensa, de hacer de la Política Exterior y de Seguridad Común una política exterior de seguridad y de defensa común. Hay que tomarlos muy en consideración, digo, y, además, hay que alentarlos y hay que estimularlos.

Desde su creación como Comunidad Europea del Carbón y del acero, y durante décadas, las instancias comunitarias han apartado voluntariamente los temas de defensa de su proyecto. El Acta Única Europea abrió algo la puerta a los temas económicos e industriales de la seguridad, pero fue el Tratado de Maastricht el que inició una reflexión más profunda sobre una política de seguridad para Europa.

Así y todo, los resultados --y hay que reconocerlo-- no han sido deslumbrantes. Al fin y al cabo, lo prioritario para la Unión hasta fechas bien recientes ha sido, y está bien, llegar a la moneda única, símbolo, no sólo de su integración económica, sino también de su unión política. Pues bien, una vez que contamos con ello, una vez que contamos con el Euro, que funciona, la disparidad entre la vertiente económico-política de la Unión y su capacidad militar se acentúa demasiado.

No ha sido sólo la aparición del Euro lo que ha motivado la preocupación y la urgencia por la capacidad europea de defensa. También Kósovo ha puesto muy de relieve las actuales faltas de capacidad. En Kósovo, por ejemplo, los miembros europeos de la Alianza, considerados individualmente, hemos jugado un papel no desdeñable respecto a las capacidades y disponibilidades de cada uno. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de Europa en su conjunto.

Lo que hemos podido poner a disposición de la acción aliada ha sido una fracción muy reducida del total agregado de nuestras Fuerzas Armadas. Esta incapacidad de proyectar fuerzas conjuntamente es la que ahora, en un momento de éxito histórico con la consecución de la unión monetaria, sencillamente, no es aceptable. Además, cualquier moneda que pretenda ser fuerte, y el Euro lo pretende, necesita claramente de un respaldo cierto.

Algunos países miembros de la Unión Europea lo hemos manifestado, y así lo ha recogido el Consejo Europeo de Colonia del pasado 4 de junio: la Unión Europea debe dotarse de los mecanismos institucionales de decisión que le permitan desarrollar las misiones humanitarias y de apoyo a la paz. Esto incluye, y ya se ha hecho, la designación del llamado Representante para la Política Exterior y de Seguridad Común, la creación de un comité político militar, así como la incorporación de un Estado Mayor y la fusión de la Unión Europea Occidental y la Unión Europea. También recoge la posibilidad de reuniones de Ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa.

Pero, al mismo tiempo, los países deben avanzar en las capacidades militares comunes para hacer viables las decisiones que se lleguen a adoptar en materia de defensa. En mi opinión, esto exige la puesta en marcha de un plan en materia de defensa que apunte a producir una capacidad de actuación autónoma por parte de la Unión Europea.

Por último, la defensa europea tiene que verse sustentada por una base industrial, eficaz y competitiva, pues sin tejido industrial de la defensa no podrá darse ninguna política verdaderamente autónoma.

Señores,

Creo que la hora de la defensa europea ha llegado y que sólo impulsando y construyendo una Europa de la defensa estaremos contribuyendo a mejorar el vínculo trasatlántico y, por ende, la propia Alianza Atlántica. Pero la hora de la defensa europea ha llegado.

Esta afirmación de compatibilidad con el vínculo trasatlántico no es sólo retórica; el vínculo trasatlántico está ciertamente demasiado desequilibrado y ello por sí mismo es un elemento de debilidad. Así lo ha entendido la propia Alianza, quien en su nuevo concepto estratégico no sólo admite, sino que auspicia y acoge la identidad europea en materia de seguridad y defensa.

Yo, que tengo alguna fama de pragmático y realista, creo que hay que hablar no sólo de identidad, sino también de capacidades. Por tanto, no sólo no hay contraposición, sino que deben reforzarse las capacidades defensivas europeas y mejorar la aportación europea a la Alianza.

Señores,

España no debe acercarse a esta nueva etapa de la construcción europea ni con prevención ni, mucho menos, acomplejada. Estoy absolutamente seguro de que podemos perfectamente contribuir con nuestras ideas y coliderar el esfuerzo común por una defensa de la Unión. Se trata de contar con la visión, con la decisión y con las capacidades necesarias.

En el ámbito europeo hay una idea que flota ya pesadamente en el aire, a saber: que hay que optar por Ejércitos profesionales si se quiere actuar en el tipo de misiones que las nuevas circunstancias estratégicas demandan. El Gobierno optó ya en 1996 por un cambio de modelo de nuestras Fuerzas Armadas al basar el reclutamiento no en la obligatoriedad, sino en la voluntariedad. Como todos ustedes conocen, la plena profesionalización se alcanzará en el año 2002, si no antes. Es un paso creo que nada desdeñable que volverá más operativas nuestras Fuerzas Armadas.

En segundo lugar, creo también que es justo reconocer el esfuerzo realizado en aras de la necesaria modernización del material a disposición de los ejércitos. Ciertamente inmersos en un clima de rigor, de austeridad, muy positivo, no es imaginable el crecimiento espectacular de los Presupuestos de Defensa. Ahora bien, con una visión global, el apoyo prestado desde el Ministerio de Industria en los tres grandes programas de armas (el caza 2000, los carros "Leopardo" y las fragatas F-100) ha permitido acometer la profesionalización y la modernización en paralelo.

En fin, la plena participación en la nueva estructura de mandos de la Alianza, así como nuestra presencia activa en fuerzas multinacionales, por ejemplo, el Eurocuerpo, Eurofor, Euromarfor, capacita a nuestros oficiales, al mismo tiempo que da mayor capacidad a nuestro empeño colectivo.

Mi intención es proseguir en la transformación de las Fuerzas Armadas para que estén mejor preparadas, tanto en lo personal como en medios materiales, de cara a nuestros compromisos internacionales.

En el terreno de la política internacional, quiero decirles que los próximos meses van a ser decisivos para el enfoque y el impulso de la defensa europea. Los acontecimientos están demostrando que los acuerdos del Consejo Europeo de Colonia no eran una meta o un destino de llegada, sino, más bien, un punto de partida.

Desde entonces, el Presidente Chirac ha lanzado su plan de acción con el que se pretende dotar a la política europea de seguridad común de todo nuestro entramado institucional; los Primeros Ministros italiano y británico se han manifestado a favor de potenciar las capacidades de defensa en el seno de la Unión, y, más recientemente, el Canciller alemán y el Presidente francés han declarado su interés por marcar una agenda concreta de aquí a finales del año 2000, cuyo resultado debe ser una Unión Europea capacitada para decidir y actuar en materia de seguridad y defensa. Quiero que ustedes sepan que España está participando plenamente en este impulso conjunto de la defensa europea.

Los Ministros de Defensa han venido reuniéndose con carácter informal el último año y, aunque el Consejo Europeo de Colonia estableció que podrá haber reuniones de Ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa, si así se estimase necesario y oportuno, yo creo que sería conveniente plantearse a fondo la necesidad de contar con un Consejo de Ministros de Defensa específico, si así las circunstancias lo aconsejaran. Sólo si se permite que los Ministros de Defensa deliberen entre ellos, se podrán tomar decisiones para racionalizar coordinadamente las estructuras de fuerza, poner las bases de una política armonizada de adquisiciones y progresar adecuadamente en un plan de convergencia.

En segundo lugar, estoy de acuerdo con la idea de que hay que establecer un plan de convergencia en materia de defensa que, en ningún caso, comprometa los planes de seguridad de cada nación. Un plan de convergencia en sentido amplio y no basado exclusivamente en parámetros macroeconómicos, que no pueden indicarnos mucho dadas las disparidades existentes en la actualidad. La convergencia debe servir para que, colectivamente, Europa cuenta con las fuerzas necesarias disponibles y desplegadas con rapidez, y el plan debe llevarnos a definir la contribución que cada país debe aportar a ese empeño común, de tal manera que se produzca un resultado coherente y eficaz.

En tercer lugar, España --y ya lo está haciendo-- impulsa la creación de una política europea de industria de defensa que marque colectivamente un horizonte de estabilidad en las adquisiciones, fije los requerimientos y armonice los ciclos de compra de material, de tal forma que del lado de la demanda se complemente la transformación que están experimentando las empresas en el lado de la oferta. Y ya dije antes que sin industria europea de la defensa no puede darse una política europea de defensa.

España abogará, por lo tanto, para que en el próximo Consejo Europeo a celebrar en Helsinki, en diciembre, se marquen las pautas y el ritmo de actuación en torno a estas ideas.

En el terreno doméstico quiero decirles que, tras la profesionalización, se abre un nuevo ciclo que debe caracterizarse por la racionalización de nuestras estructuras. La reducción de volumen de efectivos, la creciente multinacionalización y la actuación más intensa en misiones de paz así nos lo exijan.

Lo he dicho al comienzo de mi intervención: esta misma Escuela es un primer y gran paso en esta dirección, pues si algo se ha demostrado en las recientes acciones que hemos tenido que acometer es que, o son conjuntas, o el resultado es el fracaso. La Escuela debe alimentar en cada uno de ustedes tal vez lo que sea más difícil de lograr y de medir, que es una auténtica mentalidad de actuación conjunta.

Señores,

Quiero decirles, para ir terminando, que el motivo que inspira la acción del Gobierno no es otro que el de colocar a España en el lugar que tiene reservado por su historia, por su cultura, por su riqueza y por su situación geoestratégica. España cuenta hoy, afortunadamente, con una democracia sólidamente arraigada y unas instituciones que funcionan. Hemos despejado en nuestro camino muchos de nuestros problemas históricos.

España forma parte del núcleo de países más importantes de Europa que integran los países fundadores de la moneda única europea. España es una de las economías más pujantes y más florecientes del momento. España tiene una renta per cápita como corresponde a un gran país desarrollado. España es el octavo contribuyente neto en las Naciones Unidas por razón de la importancia de nuestro Producto Interior Bruto.

España es el primer inversor europeo en Iberoamérica y el segundo inversor del mundo en esas tierras. El español es una lengua que hablan centenares de millones de personas en todo el mundo y que será indispensable en el mundo tecnológico que estamos viviendo todavía más en el futuro. España es el sexto país del mundo que recibe más inversión exterior, pero es un país que ya es exportador neto de capitales; que invierte más en el exterior que lo que recibimos de fuera en nuestro país.

España tiene prestigio internacional y España, a través de sus Fuerzas Armadas, se ha ganado reconocida fama, en las crisis que ha tenido que intervenir, de seriedad, de competencia y de rigurosidad.

Yo soy de los que cree que España, los españoles, tenemos una oportunidad única, histórica, como no hemos tenido en mucho tiempo a lo largo de nuestra historia. Y soy consciente de que un país que aspira a mayores y más importantes objetivos políticos, a más prosperidad económica, tiene que estar adecuadamente y ser adecuadamente responsable en materia de seguridad.

Una nación fuerte y ambiciosa, como debe ser la España del siglo XXI, tiene que ser una nación capaz de plantearse nuevas metas políticas, capaz de plantearse nuevas metas económicas y capaz de asumir plenamente sus responsabilidades en la seguridad.

Por eso, ahora más que nunca, las Fuerzas Armadas, más allá de su función básica de garante de la defensa nacional, se revelan como auténticos y privilegiados instrumentos del Estado en su acción exterior. Por ello, el contar con unos ejércitos modernos

capaces, bien dotados, que puedan ser enviados allí donde se necesitan, no es un capricho, sino que es una exigencia para cualquier Gobierno que confíe en las capacidades de nuestra nación, también en el plano internacional.

No sería ni aceptable ni asumible pretender asumir más objetivos políticos y económicos, y negarnos a aportar nuestra contribución inteligente y eficaz en materia de seguridad. No es aceptable a estas alturas descansar sobre la idea de que nosotros queremos gozar de las ventajas económicas o de las ventajas políticas, pero que de nuestra seguridad ya están otros que nos resuelven los problemas.

En 1996 nuestra política de defensa y nuestras Fuerzas Armadas estaban ante una encrucijada; estábamos en Bosnia acertadamente, a pesar de que nuestros ejércitos contaban con poco más de 30.000 soldados profesionales; participábamos en las acciones aliadas, pero no estábamos en la estructura de mandos y no podíamos, por lo tanto, participar plenamente ni en el planeamiento ni en la toma de decisiones; el presupuesto de Defensa arrastraba una caída sistemática con la consiguiente descapitalización de recursos humanos y materiales.

Hoy creo, sinceramente, que algunas de estas contradicciones se han desvanecido. El número de profesionales se ha doblado y el año que viene contaremos con 85.000 soldados y marineros voluntarios. Participamos ya plenamente en la Alianza y en su nueva estructura de mandos, y, aunque el Presupuesto pueda parecer aún exiguo --y yo soy muy consciente de que todos los presupuestos siempre aparecen exiguos--, no ha dejado de aumentar en los últimos años invirtiendo la tendencia anterior.

No hay que hacer ningún ejercicio de triunfalismo porque tenemos muchas necesidades por delante; pero me parece justo apreciar el esfuerzo que se ha hecho y el que estamos dispuestos a continuar haciendo.

Señores,

Sólo con estas Fuerzas Armadas, y estoy plenamente convencido de ello, y con este impulso podremos cumplir nuestros objetivos, podremos diseñar y poner en marcha las Fuerzas Armadas del siglo XXI al servicio de nuestro país y podremos contribuir eficazmente a esa defensa común que ahora estamos levantando también desde el polo europeo.

Muchas gracias.